ANGEL RAMA

EL AMO Y EL SERVIDOR

UNO de los rasgos casi definitorios del comportamiento de Latinoamérica, donde se delata origen y formación de las sociedades que la integran así como *la insuficiencia de su desarrollo*, ha sido y es la imitación mecánica tanto de los problemas como de las soluciones europeas, tarea que frecuentemente ha malgastado esfuerzos, en vez de acelerar el progreso de nuestra región. La comprensión de la estrecha relación entre una situación real y las teorías que la interpreten y dirijan *en un determinado sentido*, que en el Plata ya está intuída en Alberdi, se ha abierto camino dificultosamente.

A ese género de traslación mecánica, prestigiosa en la medida que acarrea grandes nombres y grandes planteos intelectuales de los centros mundiales de la cultura, atractiva por eso mismo (con la *normal pizca de snobismo*) y facilonga en cuanto no obliga a examinar con algún detalle la propia realidad, pertenece el movimiento para el "diálogo" que se ha transformado en el alimento de las "coteries". Desde luego la idea que designa —como las que corresponden a las palabras "democracia" o "libertad" o "justicia"— parece inatacable, destinada a ser *aceptada por todos los intelectuales* a quienes se pueda convencer de que éste es el santo y seña del comportamiento de la época en la misma medida en que hayan dado la espalda a las necesidades urgentes de las sociedades que integran.

La concepción del "diálogo" tiene pocos años de existencia y está sostenida, en el plano europeo o universal, por la *política de la coexistencia pacífica* entre las dos grandes potencias en pugna, que arranca del jruschovismo. Cuenta con el entusiasta apoyo de los liberales norteamericanos y también, sin tanto entusiasmo, con el de algunas figuras del comunismo occidental (ejemplo prototípico Roger Garaudy) y la atención circunspecta de los soviéticos. Al margen de las severas censuras que ha motivado, tanto de parte de los chinos como de parte de algunos sectores de los países socialistas que procuraron distinguir entre la coexistencia o diálogo y el afán de sincretismo ideológico que subyace al entusiasmo del liberalismo norteamericano, al margen de esos y otros muchos reparos formulados **in situ**, puede reconocerse lo fundado de la necesidad de dialogar entre dos potencias que detentan poder de vida y muerte con el cual arrasar el planeta y a la lucidez de cuyos dirigentes hay que reclamar la sensatez necesaria para agotar las soluciones pacíficas de sus desacuerdos.

Creo que en ese caso, como en otros paralelos, el "diálogo" surge de condiciones naturales previas que lo justifican. En una encuesta de la revista **Tarea** (Nº 1, 27 de julio de 1965) yo anotaba: "**En definitiva**, para dialogar **hay que comenzar por dos principios sobre los cuales actuar: una legítima independencia y un cuerpo de ideas, intereses y voluntades bien estructurado. No hay diálogo entre un servidor y un amo, sólo obediencia. Sólo pueden dialogar quienes disponen de convicciones ideológicas nítidas y distintas, y quienes las pueden respaldar con un mínimo de fuerza y autoridad. Entiendo que un católico dialogue con un comunista, como que USA lo haga con la URSS, o que Yugoslavia lo haga con la URSS o que México lo haga con USA, porque se cumplen los dos principios básicos del diálogo**". A estos dos principios que son base debe agregarse un tercero que es fin: *no se dialoga* como en una amable tertulia para pasar el rato, sino que, dadas dos fuerzas independientes y opuestas, el diálogo surge de que exista una convergencia, de una posible acción futura en común, al menos en aquellos sectores de la realidad donde pueda alcanzarse una coincidencia de intereses que no afecte sin embargo al *mantenimiento* de las discrepancias esenciales y las oposiciones.

Este sistema del diálogo, generado por una situación determinada de las grandes potencias, se intenta trasladarlo a América Latina donde obligadamente nos enfrenta a los Estados Unidos. ¿Se cumplen aquí los requisitos? En un texto de este semanario (mayo 7 de 1965, XXVI, 1253) decía Quijano: "**Agreguemos, sin perjuicio de reconocer las necesidades cotidianas de los contactos, que el diálogo puede servir para debilitarnos a nosotros, si perdemos el rumbo y olvidamos el objetivo, si no tenemos conciencia clara y permanente de ambos. Debilitarnos, por la corrupción o la ilusión. Nuestra miseria, nuestra imprevisión, nuestra pereza, nuestro desorden, trabajan a favor del enemigo**". Y centrándose concretamente en este problema, decía Mauricio Maidanik (Marcha, XXVII, 1279, noviembre 5 de 1965): "**Todos preferiríamos, es cierto, el reinado del diálogo cordial... si no existieran los perentorios motivos para encauzarlo y aun a veces para desestimarlo, para establecer en suma la estrategia de un diálogo militante**". Y de conformidad con la previa opción de los fines para poder saber cuáles son los instrumentos adecuados a su consecución, decía Maidanik: "**Lo decisivo en la acción cultural bien entendida, para un intelectual de izquierda en estas latitudes, es la inserción en la lucha por la transformación de nuestra sociedad, la *liberación nacional* y un destino cultural genuinamente latinoamericano, dialécticamente asociado al proceso mundial. Un intelectual militante (y eso no quiere decir partidista) ha superado hoy, por lo menos, el tercerismo salomónico; y si, tal como están las cosas, se niega a la alineación incondicional con el campo comunista, prefiriendo *—como en nuestro caso— una primordial radicación* nacional y latinoamericana, establece de todos modos una categórica preferencia selectiva por el socialismo y una combativa postura anti-imperialista, eje y cruz de nuestro porvenir inmediato**". Por tales afirmaciones podía Maidanik desechar "**toda prédica de un diálogo neutral**" que "**no hace más que confundir las cartas eludiendo las cuestiones básicas**".

Previo al diálogo es la opción de finalidad. Si esta es la liberación latinoamericana del sojuzgamiento imperialista, la defensa de las nacionalidades y el desarrollo y progreso de sus comunidades en las distintas formas del socialismo, todo diálogo con los Estados *Unidos y sus representantes* exigirá condiciones especialísimas, dado que la opción de finalidad choca visiblemente con los intereses americanos. En cambio, por esa misma opción, siempre será más factible el diálogo dentro de América Latina, aun con fuerzas opuestas, siempre que estén representadas todas las posiciones (incluidos los olvidados cubanos), y, desde luego, resulta casi obligatorio —por la fuerza y la acción del enemigo—, el diálogo muy activo de todos los sectores dispuestos a combatir su ingerencia expoliadora. Como se comprenderá esta actitud está muy lejos de la de quienes propician el "diálogo más abierto posible". Por el contrario lo condiciona severamente y eventualmente está dispuesto a renunciar a él, sin vacilar.

El argumento más repetido de los enemigos de esta posición, subraya la necesidad de aumentar nuestros conocimientos como forma de contribuir justamente a nuestra liberación (dejamos de lado los que simplemente se oponen porque no son otra cosa que cipayos). Esta premisa se toca con la otra que dice lo obvio, que los Estados Unidos son poseedores de una de las primeras civilizaciones del mundo, y desde luego la primera que ha alcanzado radio planetario, con lo cual el aumento de nuestros conocimientos impone una ambigua colaboración con el Imperio. Sobre el mismo tema y en su proposición al Seminario de Elites, decía precavidamente Darcy Ribeiro: "**En un mundo bipartido, en que cada una de las mitades hostiles todo se halla envuelto en el conflicto, inclusive y principalmente la ciencia, estamos *amenazados* de ver nuestros limitados cuadros de investigadores desviados de la tarea del desarrollo nacional, para ser colocados al servicio de la competencia científica mundial**".

Efectivamente, y sin tener que ir a los ejemplos del Camelot, el Simpático, o el Job 430, cuya grosería política *es demasiado visible y donde* se responde directamente a la expansión y vigilancia militar yanqui en nuestra América, conviene recordar cuál es la situación de la ciencia en Estados Unidos, porque parece obvio pensar que muchas inversiones que desde allí se hagan en tareas intelectuales comunes con los latinoamericanos no están *movidas por la mera cristiana caridad*, sino que obedecen a los intereses culturales de la nación que los financia, a los temas que se proponen en sus organismos educacionales y científicos. Cuando Darcy Ribeiro afirma que en los grandes centros todo se halla envuelto en el conflicto, "inclusive y principalmente la ciencia", viene a coincidir con una *pormenorizada* diagnosis de la cultura norteamericana que hiciera C. Wright Mills en uno de sus últimos ensayos: "**La cultura es parte de una economía capitalista en ascenso y esta economía está ahora en una situación de guerra, al parecer permanente. En tanto que las actividades culturales están establecidas, lo están comercial o militarmente. *Este es, me parece*, el hecho clave de la cultura y la política en los Estados Unidos de hoy. Las actividades culturales, por una parte, tienden a convertirse en parte comercial de una economía capitalista superdesarrollada o, por otra, en parte oficial de la Maquinaria Científica del Estado en Armas. Si las actividades culturales no son consideradas importantes para estos puntos de preocupación, tienen poca o ninguna importancia pública. En todas partes, en nuestros días, la Maquinaria Científica y la Industria de la Cultura para las Masas *son procesos intrincados y fascinantes*; en los Estados Unidos del siglo XX, son indispensables para entender el aparato cultural. La ciencia —históricamente ubicada en las universidades y relacionada informalmente con la industria privada— se ha establecido ahora oficialmente en, de y para el orden militar. Las compañías privadas y los institutos militares apoyan y *guían* conjuntamente las principales actividades científicas que se realizan en los Estados Unidos**".

Se es muy libre de elegir. Entre las jaculatorias sobre la libertad de la ciencia y la necesidad de colaboración para progresar que estilan los sociólogos de por aquí y la implacable diagnosis de C. Wright Mills tiendo a creer que es la de éste la que más se aproxima a una realidad que estaba en condiciones de conocer mucho mejor que otros, incluso los propios colegas norteamericanos. Quiero decir, que cuando se trata de encarar una actividad conjunta —que en principio estoy dispuesto a estudiar—, el problema no es plantearse en qué medida progresa la "ciencia" —como *si* esa entelequia abstracta hubiera existido nunca— sino en qué medida ha progresado nuestra liberación. Lamento decir que desde este ángulo no he podido *ver ningún* progreso en las comunicaciones que fueron presentadas al Seminario sobre Elites patrocinado por la Universidad de California y la nuestra. Si en cambio fue un progreso para el conocimientos de nosotros por parte de los proponentes americanos, les corresponde a ellos decirlo. Aunque para ser fiel a la verdad debo decir que *creo difícil saquen demasiado* partido, ni siquiera de comunicaciones como la peruana sobre la formación de las élites indígenas, visto el nivel y la posición de algunos de los norteamericanos participantes en el Seminario. Invito al lector a que se informe de las tesis sobre Vietnam de Robert A. Scalapino, que participó del citado Seminario y es *nada menos* que *presidente del Departamento* de Ciencias Políticas de la Universidad de California (Berkeley) además de director de la revista "Asian Survey". La única diferencia con Goldwater radica en que no propone el uso de la bomba atómica, considerando que es suficiente el bombardeo escalonado con armamento tradicional. (Su conferencia "Un punto de vista sobre la *crisis* de Vietnam" ha sido publicado en Montevideo por el USIS).

En su texto sobre "La Universidad Latinoamericana y el desarrollo social" Darcy Ribeiro llegaba a proponer "**la formulación de una ética del investigador científico latinoamericano, armado por un sistema** adecuado de **sanciones morales que defina los campos prioritarios de investigación**, *las condiciones* admisibles **de trabajo en proyectos extranjeras, a fin de evitar que sean desviados de la temática** vinculada **al desarrollo, de los pocos cuadros y las precarias instalaciones y recursos de que disponemos**". La proposición es bien intencionada, pero habría que ampliarla, vinculando realmente la *actividad de los intelectuales nacionales*, en todos aquellos trabajos que implican la intervención de los organismos oficiales, a un plan de proridades nacionales muy estricto y muy cuidadosamente planeado. Y quien primero debería hacerlo es la Universidad, que, entre paréntesis, no es un organismo mágico sino un centro de conocimientos y estudios basado en el espíritu crítico. Guardémonos muy mucho de los presuntos inocentes que tratan de hacer de ella una pantalla indiscutible, sobre todo cuando oculta actos criticables de los que ellos son directos responsables en su función de asesores naturales.

Pero hay en todo esto una concepción bastante *primaria de la ciencia, su funcionamiento, sus exigencias* así como de los rasgos que distinguen al científico. No por nada a una posición similar se ha designado en otras partes de América, como la "cientificista" o la escuela de los "científicos", fórmula levemente más solemne con la cual conferir status intocable a la nueva pléyade de técnicos que ha *surgido en estas décadas*. *Creo que esta* deificación de la ciencia sociológica como una actividad abstracta, universal, neutral casi, es producto de una extrapolación ilegítima, proveniente de las ciencias naturales, que no podrá comprenderse sin analizar antes la situación del hombre que la ejerce. Los intelectuales en la época del desarrollismo será, pues, nuestro tema, en el número próximo.